

EL TIEMPO QUE NO HE DE VIVIR

Carlos J. Coca García



SÉNECA
EDITORIAL

Índice

CAPÍTULO 0 Yo	13
CAPÍTULO 1 VIERNES, 4 DE JUNIO DE 2010	15
CAPÍTULO 2 SABADO, 5 DE JUNIO DE 2010	37
CAPÍTULO 3 DOMINGO, 6 DE JUNIO DE 2010	53
CAPÍTULO 4 MIÉRCOLES, 11 DE MARZO DE 1936	77
CAPÍTULO 5 JUEVES, 12 DE MARZO DE 1936	91
CAPÍTULO 6 LUNES, 7 DE JUNIO DE 2010	111
CAPÍTULO 7 MIÉRCOLES, 28 DE ENERO DE 1801	131
CAPÍTULO 8 LUNES, 7 DE JUNIO DE 2010	147
CAPÍTULO 9 MARTES, 8 DE JUNIO DE 2010	163
CAPÍTULO 10 DOMINGO, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1665	175
CAPÍTULO 11 MARTES, 8 DE JUNIO DE 2010	191
CAPÍTULO 12 DÍA X, 25 DE DICIEMBRE DEL AÑO 25	207
CAPÍTULO 13 FINAL	223

PREFACIO

Antes de nada, puntualizar que la novela “El tiempo que no he de vivir” es una obra narrativa de ciencia ficción, cuya única finalidad es la de entretener y amenizar las horas del lector. No pretende, en ninguno de los casos, ofender a cualesquiera sectores de la sociedad ni a ninguna persona en particular, como se podría concluir de la lectura de la misma. Recalcar la palabra ciencia ficción, para con ella excusarme de cualquier error al que pueda inducir su lectura. Ya que la palabra ciencia ficción viene a indicar las hipotéticas historias y aventuras que cualquier persona puede llegar a inventar.

Finalizar con unas palabras de la persona que me apoyó a introducirme, gracias a nuestras entretenidas charlas de historia, en este proyecto: mi padre, Carlos J Coca Bodelón:

El contenido del libro que están a punto de leer no es real”. No obstante, ¿es algo irreal? Yo creo que no. Tengan en cuenta ustedes a genios del calibre de Leonardo Da Vinci, o Julio Verne. ¿Cómo es posible que en épocas tan lejanas en el tiempo, en el caso del primero siglos XV y XVI, se hayan podido inventar artilugios tan modernos como el helicóptero, el carro de combate, el submarino, incluso el automóvil o la máquina para medir el límite elástico de un cable; y en el caso del segundo, siglo XIX, hayan podido crear obras literarias con viajes a la luna, al centro de la tierra, veinte mil leguas de viaje submarino o viajar en globo alrededor del mundo? Parece increíble, pero...

¿Por qué no puede llegar algún día en que se cree —o quizás ya se haya hecho—, una máquina que nos permita viajar a través del tiempo? Piénselo y sueñen...

El autor de este libro, con evidente ingenio, intenta demostrar que todo aquello que se proponga el ser humano puede llegar a conseguirse, o quizás no...

Es posible que haya ciertos asuntos a los que la mano del hombre no pueda nunca llegar a alcanzar, o presumiblemente sí...

A los míos.

CAPÍTULO 0

Yo

Soy un chico sencillo y formal, a punto de licenciarme en Derecho. Nunca me meto en líos, ni busco problemas; se podría decir, que en mí se halla el prototipo de persona humilde, simple y honrada. Por eso precisamente nada podía hacerme imaginar lo que estaba a poco de suceder en mi vida durante los próximos días.

CAPÍTULO 1

VIERNES, 4 DE JUNIO DE 2010, OVIEDO

Por fin ha llegado la ansiada fecha, hoy es mi último día en la universidad. Tras cinco duros años de estudio, finalmente me van a hacer entrega del título que me acredita como licenciado en Derecho por la Universidad de Oviedo.

También será uno de mis últimos días en el pequeño apartamento, de la antigua ciudad de Vetusta, en el que convivo con mis dos compañeros, Fernando y Marino.

En estos momentos me encuentro en el sofá de nuestro piso, con el traje de gala debidamente enfundado para la ocasión, viendo la televisión mientras espero que avance el tiempo. Pensar lo importante que es el día de hoy me da repelús. Es el fin de una etapa, una de las más apasionantes de mi vida, como estudiante, y el comienzo de otra repleta de sorpresas, como defensor de los derechos y libertades. Siento unos nervios exacerbados; ni los constantes consejos y recomendaciones de mis dos amigos y compañeros, ni la cantidad de bebidas relajantes que he ingerido, han conseguido que me temple lo más mínimo.

En aproximadamente una hora comenzará la ceremonia de entrega de los diplomas en la facultad de Derecho; acto con el que se pone fin, oficialmente a mi etapa universitaria, y realmente esa circunstancia me da un vértigo terrible ¿Qué será ahora de mi vida? ¿De qué voy a trabajar?, o mejor dicho, ¿Hasta dónde me permitirá evolucionar el actual y nefasto sistema económico y político implantado en el país? ¿Seré un abogado noble y honesto, o por el contrario sólo me preocuparé de llenarme los bolsillos? Ahora mismo soy un mar de dudas.

-Santiago (nombre por el que se me conoce), sal del trance y habla un poco. Te vendrá bien -me indica mi compañero de piso Fernando, desde el otro lado del sofá en el que me hallo sentado.

-Es que estaba pensando...

-¿En qué? -interrumpe impaciente.

-Lo de todo el día -contesto agobiado-. Cada segundo que pasa más y más nervioso estoy.

-Te aconsejo que pares de rayarte o acabarás por explotar. No es bueno pensar tanto, y menos hoy, que ni que tuvieras un examen o algo similar. Hoy es un día de festejos para ti.

-Ya lo sé. Pero no lo puedo evitar.

-¿Sigues igual que a mediodía o te has serenado al menos un poco?

-Estoy bastante peor. Cada vez más y más nervioso.

-Pues ya no sé que más puedo hacer por ti, tío. Lo he intentado todo.

-No hace falta que hagas nada más. Pero entiéndeme; no es que esté nervioso por el acto de hoy. Lo de esta noche, la entrega de diplomas y toda la parafernalia es algo lógico y normal, que incluso tengo ganas de hacerlo. Lo que realmente me trae por la calle de la amargura es darme cuenta de que ya se acabó.

-¿Qué se acabó? -me interrumpe, confuso en esta ocasión.

-Todo; vivir de mis padres, no tener apenas responsabilidades. Se acabó también el irme de copas sin pensar en las consecuencias que puede conllevar. No sé, a partir de ahora dependo de mí mismo para todo. El título que me dan hoy significa mucho, Fer.

-Bueno, tampoco tienes que ser tan drástico. Yo acabé hace dos años la carrera, y aquí me tienes; sin curro estable y con muy pocas responsabilidades, la única acabar el máster y pagar el alquiler a final de mes. Mi vida no ha cambiado mucho desde que finalicé la ingeniería hasta hoy.

Fernando es un pitagorín, la persona más inteligente que he conocido en toda mi vida. Hizo una ingeniería, la física, en cuatro años convirtiéndose en el alumno más brillante de su promoción y hoy en día está realizando un máster, al tiempo que colabora con los profesores de su facultad en investigaciones científicas. Es lo que se llama, una persona brillante.

-No sé como explicártelo tío, ciertamente me parece un paso muy importante en mi vida y no puedo evitar estar atacado por los nervios -intento hacerme entender.

-Te entiendo. Pero has de tranquilizarte, estar tan agobiado no puede venirte nada bien para la salud. Y te lo digo muy en serio; los nervios se incrustan en toda la espalda a modo de contracturas y no hay quien los saque de ahí.

-No lo hago adrede, créeme. Es que no consigo mantener la mente ocupada en otra cosa.

-Pues no sé -duda durante un instante y continúa-, no debería decirte nada por ahora, pero viendo que estás así de destrozado, te voy a contar un proyecto que estoy acabando. El plan era no decirte nada hasta mañana, una vez finalizada la ceremonia y todo el rollo, sin embargo, observando que como sigas así de nervioso va a darte un ataque al corazón, te lo adelantaré.

Las palabras de mi amigo comienzan a intrigarme, pero aún así le contesto seriamente:

-No creo que nada consiga quitarme esta tensión de encima.

-No sé si te quitaré la tensión, pero que pensar en otra cosa pensarás, no lo pongas en duda -me advierte, al tiempo que empiezo a impacientarme.

El gesto de mi amigo es extraño, tiene una mueca de temeridad y prudencia al mismo tiempo. Es como si tuviera que contarme algo que sabe, cambiará mi vida. Muy extraño comienza a ponerse el asunto.

-Pues tú dirás -le indico para que prosiga.

-Verás, durante el último año he estado trabajando en el tema de la reducción molecular con un pequeño grupo de cuatro personas, todos ingenieros especializados en diferentes ramas.

-¿Reducción molecular? -interrumpo- ¿Eso no es lo que hacen en el acelerador de partículas, éste que hay en Suiza o por un país de ahí arriba? -le pregunto intrigado y, a la vez, sorprendido.

-Así es, cerca de Ginebra. Pues te comento; todos los domingos desaparezco y no vuelvo hasta el lunes a la noche, en algunas ocasiones incluso más tarde ¿No?

-Sí, vas a visitar a tus padres en Salamanca ¿Qué tiene que ver eso con un acelerador de partículas?

-Es que no voy precisamente a Salamanca.

En este momento comienzo a sentirme confuso. Por lo visto durante los últimos diez meses, Fernando lleva haciendo viajes a un lugar que no sé por qué, nos ha querido ocultar. Y para colmo me habla de partículas y cosas extrañas que yo no soy capaz de comprender.

-¿Entonces a dónde vas? -cuestiono-. ¿Por qué nos has mentado a Marino y a mí diciéndonos que vas a visitar a la familia?

-Si paras de interrumpirme en todo momento te lo explicaré.

-Vale vale, tú habla, que no digo nada más -respondo comenzando a preocuparme de verdad.

-Pues empiezo desde el principio. Hace más o menos un año, una persona, aún no te puedo decir su nombre, se puso en contacto conmigo. Me explicó que estaba intentando reunir a varios de los científicos más excelentes y prometedores de la nación y que quería contar conmigo, ya que yo era, según palabras suyas, uno de los más brillantes. En fin, me ofreció recursos y medios que nunca pude imaginar que llegarían a estar a mi alcance, por lo tanto acepté la propuesta sin pensármelo dos veces.

Ahora mismo estoy completamente alucinado. Mi amigo, vale, sí, es muy listo y habilidoso pero ¿Tanto como para estar trabajando con los mejores científicos del país? No doy crédito a lo que estoy escuchando.

-Somos cuatro personas -prosigue-, dos físicos, yo entre ellos, un químico y un mecánico, todos ingenieros. Nos reunimos cada domingo y lunes desde hace un año en una nave perfectamente acondicionada para nuestros experimentos en un polígono industrial abandonado de Valladolid. Hacemos pruebas e investigaciones. Y te puedo avanzar que hace cosa de tres meses conseguimos reducir moléculas vivas a su mínimo exponente sin alterar su condición. Sin embargo no fue ese el mayor hito que hemos logrado; la semana pasada hicimos viajar a más de cincuenta veces la velocidad de la luz a esas partículas previamente reducidas -me explica fascinado.

-¿Y qué me quieres decir con esto? Y más importante aún ¿Por qué has llevado todo con tanto secretismo? -le pregunto atónito.

-Hemos de llevar una estricta discreción porque digamos que no todo lo que hacemos entra dentro de la legalidad.

-¿Estás infringiendo la ley?

-Más o menos.

-¿Cómo que más o menos? ¿Estás infringiendo la ley sí o no? -pregunto un tanto alterado.

-Sí, pero por un buen fin. No ponemos a nadie en peligro ni nada por el estilo. Lo único que estamos haciendo es avanzar científicamente, y si para ello nos tenemos que saltar un par de leyes lo haremos. Nadie debería de tener el poder de frenar el progreso -intenta justificarse.

-Si incumples la normativa que ha sido minuciosamente redactada por personas que pretenden alcanzar la paz social, no es por un buen fin. No intentes justificar tus actos -le recrimino enfadado.

-Tú y tu estricta legalidad...

-No es sólo legalidad, es que...

-Simplemente quiero decirte que hemos conseguido viajar atrás en el tiempo -me interrumpe y consigue dejarme totalmente atónito, sin palabras.

Estoy tan alterado por la pequeña discusión que acabamos de tener, y al mismo tiempo boquiabierto por el desenlace de la misma, que no puedo ni hablar.

-¿Estás bien Santi? -pregunta Fer al ver mi estado casi catatónico.

-Sí, estoy bien -respondo finalmente-, pero, ¿cómo que viajar en el tiempo? ¿Estás tú bien? Déjame comprobar una cosa -me levanto y toco su frente en busca de calenturas. Un delirio provocado por la fiebre es una de las pocas explicaciones lógicas que podría encontrar a sus palabras, sin embargo tiene una temperatura completamente normal. ¡Nada tiene sentido!

-Estate quieto Santiago. No tengo fiebre, ni estoy loco, ni nada por el estilo. Lo que te estoy contando es totalmente cierto. Al principio, solamente podíamos reducir objetos muy pequeños, como dados o monedas, luego ampliamos el campo de magnetismo, al que sometemos a las moléculas, y pudimos minimizar cosas del tamaño de una silla. Sin embargo el avance más importante de todos se produjo este mismo lunes: Hemos llevado a cabo con éxito la primera prueba con materia viva. Reducimos y posteriormente transportamos a una cobaya dos días atrás en el tiempo.

-¿Me estás vacilando? -pregunto al no dar crédito de lo que oigo.

-De verdad que no.

-A ver, déjame que me centre. ¿Me estás diciendo que has conseguido viajar en el tiempo y yo soy la quinta persona en el mundo que sabe esto?

-Sí, exactamente es eso.

-En el caso de que me lo crea, que no lo hago. ¿Cómo sabéis que lo conseguisteis? Quiero decir, ¿la cobaya dónde apareció después de que supuestamente "viajara en el tiempo" ?

-Muy simple; la metimos en la cápsula, señalamos el lugar exacto en el que debía de aparecer, pusimos una jaula en ese lugar, e iniciamos el proceso. Al instante el animal apareció dentro de la jaula. En verdad llevaba ahí dos días, lo que la hicimos viajar, pero como no le dejamos amplitud de movimiento debido a la jaula, siempre tuvo que permanecer ahí.

-Pero la jaula en el pasado no estaba ahí.

-Si, la habíamos colocado en el punto exacto, dos días antes de iniciar el proceso.

No sé cómo actuar. Fer me acaba de contar una historia que más que de la vida real, parece sacada de una novela de ciencia ficción, sin embargo está muy convencido de cada palabra que dice. El problema es que una barrera mental creada por mi cerebro me impide creer lo que oigo.

Estoy totalmente descolocado, pero bueno, por lo menos si lo que pretende es que deje de pensar en la entrega de diplomas, lo ha conseguido.

-Vale, eres muy buen amigo. Gracias por hacer que deje de tener en la cabeza los nervios y la tensión que tenía, pero de verdad, no hacía falta inventarse una movida así.

-No me he inventado nada, lo que te he contado es real.

-Y si se supone que es tan secreto e ilegal, ¿por qué me lo cuentas a mí? ¿No has pensado que ahora podría ir a la policía y contarlo todo? -le amenazo.

-Sé que no irás a la policía porque esto te fascina en la misma medida que te puede asustar. Y te lo cuento porque quiero que el próximo domingo me acompañes a Valladolid.

-¿Yo? ¿A qué?

De pronto se abre la puerta del salón y entra en él Marino, nuestro otro compañero de gastos de alquiler.

-¡Santiago! ¿Qué haces aún aquí? ¡Qué quedan cinco minutos para que comience la entrega de diplomas!

-Estoy flipando Marín, me acaba de contar Fer que...

-¡Qué nada! Venga vete para la facultad ya -me interrumpe apresurado Fernando, como intentando impedir que dé detalles sobre el tema.

-¿Por qué flipas? ¿Qué pasa?

-Que no pasa nada -insiste Fer-. Y tú vete ya y disfruta de la noche. Hoy no pienses en otra cosa que no sea disfrutar -me aconseja viendo como cojo la chaqueta del traje para irme.

Enfilo el estrecho pasillo que me lleva a la puerta de la casa y salgo de ella despidiéndome.

-Adiós chicos.

-Adiós Santi y suerte. Nos vemos esta noche en la calle oscura y lo celebramos -advierte Marino.

-Vale, gracias Marín.

Salgo de la casa, y pongo dirección hacia la facultad. La conversación con Fernando me había dejado bastante aturdido, no tenía sentido ninguna de las cosas que me había explicado, ¿Cómo sólo cuatro personas por muy inteligentes que sean pueden conseguir lo que nunca nadie en la historia de la humanidad ha logrado antes? ¿Con qué dinero pueden financiar una investigación de tal índole? ¿Por qué se van a arriesgar personas con la vida casi resuelta, teniendo esos currículos tan impresionantes, a que los inhabiliten de por vida? ¿Qué pinto yo en mitad de todo esto? En verdad si lo que pretendía mi amigo era que no pensara para no estar nervioso, no lo había conseguido. Ahora la cabeza me daba incluso más vueltas que antes, aunque por un tema completamente distinto.

Yendo ya a mitad de camino entre mí piso y la universidad, me cruzo con Verónica, mi compañera de pupitre durante los últimos cinco años. Está espectacular; nunca hubiera imaginado que una minifalda negra con unos leguins y una camisa roja pudieran quedar tan elegantes a una mujer.

-¡Qué guapa estás Vero! -le piropeo a modo de saludo.

-¿Sí? ¿No voy demasiado informal?

-No. Nada más verte lo primero que pensé fue lo elegante que estabas.

-Pues me das una alegría porque llevo toda la tarde probándome modelitos.

-Pues no sé si es por el modelito que has elegido, o porque la que es guapa es guapa y punto, pero a mí me parece que estás perfecta.

-Muchas gracias cariño. Anda, dame un abrazo que va a ser el último como estudiantes.

Abrazo tiernamente a Vero. Aunque nunca me lancé a la piscina de cabeza con ella, siempre he estado locamente enamorado de esta chica. Desde el primer día en la facultad no me he separado de ella. Somos como uña y carne, y aunque un día de borrachera medio le confesé lo que sentía por ella, nunca hemos sido algo más que amigos. En fin, tras un emotivo y duradero abrazo, le indico que tenemos que darnos prisa, que no llegamos a tiempo y retomamos el camino.

-¿Estás nervioso?

-Estaba bastante, pero ahora tengo la cabeza en otras cosas y...

-¿Qué dices de otras cosas? ¡Qué hoy es nuestro día! -grita efusiva.

-Tú no estás nerviosa por lo que veo.

-Estoy atacada, sin embargo hoy no quiero pensar. Simplemente quiero coger mi diploma e irme de fiesta toda la noche.

-Pues tienes razón, que le den por culo a lo demás ¡Hoy a disfrutar!

-Claro que sí -confirma.

Llegamos a la facultad a toda prisa y al observar que ya no hay nadie en la entrada principal, corremos hasta el salón de actos.

-Ya hemos llegado tarde otra vez. Ni el ultimísimo día en la universidad conseguimos ser puntuales -comenta abochornada Vero, frente a la puerta.

-Entremos disimuladamente, a lo mejor tenemos suerte y no se percatan de nada -le indico.

Abro la puerta y me introduzco junto a mi acompañante en la sala, momento en el cual todo el mundo allí presente centra su mirada en nosotros. Desde el escenario el señor Gutiérrez, profesor de Derecho Romano nos dice:

-Señor Hernández, señorita Gil, ya sabía yo que si alguien iba a llegar tarde a la ceremonia de hoy, esos iban a ser ustedes dos.

-Disculpe usted, es que verá, estaba yo en...

-Excusatio non petita (Excusa no pedida) -me interrumpe impidiendo que nos disculpe.

-Accusatio manifesta (acusación manifiesta) -concluyo su frase con una sonrisa y le pregunto: -¿Nos podemos sentar?

-Sí, cojan asiento aquí, en la primera fila reservada para ustedes.

Y eso hacemos. Agarro la mano de Vero para ir con más agilidad y nos acomodamos en el lugar indicado.

-¡Qué vergüenza! Acabamos de llegar y ya dando la nota Santi -susurra Vero.

-No pasa nada, si ya estamos acostumbrados a esto -bromeo.

-La verdad es que sí, pero la vergüenza que paso en cada ocasión es horrible.

Asiento a sus palabras, pues opino que tiene absolutamente toda la razón ¡La de bochornos que me habría ahorrado a lo largo de mi vida de ser un poco más puntual!

A fin de cuentas, la ceremonia continúa con la intervención del vicedecano de la facultad, profesores, ex-alumnos,... Todos ellos hablándonos del porvenir que nos deparan nuestras vidas, o recordando melancólicos, vivencias acontecidas entre nosotros estos últimos cinco años, hasta que finalmente llega el ansiado momento: comienza la entrega de los diplomas. Uno a uno subimos al escenario todos los alumnos para recoger nuestro merecido premio.

De pronto la señora López, profesora de Derecho Eclesiástico, desde el atril del escenario, pronuncia mi nombre:

-Santiago Hernández.

Inmediatamente me levanto y comienzo a subir la escalinata que lleva al tablado. El corazón cada vez me late más rápido y empiezo a sentir sudores muy fríos, realmente estoy nervioso. Una vez me encuentro a un paso de llegar a lo alto del escenario, no puedo evitar escuchar el murmullo que siento a mis espaldas, por lo tanto me detengo y echo una mirada al patio de butacas; puedo observar lo abarrotado que se encuentra este sitio. Es alucinante la presión que tengo encima ahora mismo. Las más de seiscientas butacas que conforman el lugar están ocupadas.

¡Qué impresionante! Miro de nuevo al frente y avanzo hacia la profesora López; los pálpitos en el pecho son cada vez más fuertes e intensos. Termino por llegar a la altura de la mujer, la cual una vez me tiene frente a ella, con una sonrisa en el rostro se pone de puntillas para juntar su cara a la mía, me da dos besos y me entrega el diploma acreditativo de que soy licenciado en Derecho por la Universidad de Oviedo. Una vez lo recibo de sus manos, me giro y lo muestro orgulloso al público ¡Al fin lo he logrado! Tanto esfuerzo ha dado sus frutos. Toda la gente que habita la sala comienza a aplaudir. Puedo distinguir como Vero en la primera fila está llorando a moco tendido. Finalizo dando las gracias a todos los presentes desde el micrófono del atril y me voy de nuevo a mi butaca a consolar a Vero.

-No me llores niña. Esa cara tan bonita no puede ser ocultada tras una fea y tristes lágrimas -reprocho.

-No lloro de tristeza, si no de alegría. Me emocionó muchísimo verte ahí, recogiendo este premio que tanto nos ha costado conseguir. No te puedes imaginar el tremendo orgullo que he sentido.

Agarro a Vero de su hombro izquierdo, después de pasar mi brazo por detrás de su cuello y la acerco a mí para acomodarla sobre mi pecho y finalmente darle un beso en la colorada mejilla.

-Relájate y no me llores más, boba.

-Verónica Gil -se escucha de pronto de la boca de la profesora López.

Vero no hace el más mínimo amago de moverse y le advierto:

-Que han dicho tu nombre, sube.

-No.

-¿Cómo que no? Sube ahora mismo.

-Que no. Me da mucha vergüenza Santi.

-Sube ya Verónica, que ahí tienen tu premio.

Al ver que la profesora repite su nombre desde el escenario sin respuesta alguna de Vero, opto por subir con ella. Me pongo en pie y agarro su mano.

-Venga vamos. Yo iré junto a ti en todo momento.

Ahora sí, consigo que Vero se incorpore y la acompaño hasta el penúltimo escalón de la escalinata, momento en el que la señora López se dirige a mí bromeando:

-¿Cuántos diplomas quiere usted, Santiago?

Todo el salón, incluido yo mismo, soltamos una carcajada.

-Con el que me acaba de entregar me llega -respondo a la profesora en tono amigable.

-Avanza muchacha -indica López a Vero, que se aferra a mi mano con gran fuerza.

No sé me ocurre otra cosa que dar un beso en la frente a Vero y darle un último empujón, susurrándole al oído:

-Venga Vero, que ya estás a dos pasos.

Supongo que ha sido por el fraternal beso que le di, pero el caso es que todo el público exclama un largo ¡Oooooohhhhh! Que no hace otra cosa que enrojecer la cara de mi compañera. En ese momento suelto su mano y doy un paso atrás.

En un comienzo, no hace ningún movimiento, se queda totalmente paralizada, pero al ver que no le queda otra, termina por avanzar con paso firme hacia el atril y recoge su diploma.

Finalmente todo sale a pedir de boca.

La ceremonia prosigue con la actuación, inclusive de la banda de tunos de la Universidad, un cuidadoso catering con sándwiches, tortillas, pizzas,... y al fin, a eso de las once y media de la noche, termina el acto oficial.

-Ahora empieza lo bueno, ¿preparado para la mejor noche de tu vida?

-Verónica, deberías de fijarte con quién hablas antes de hacer una pregunta así. Llevo cinco años preparándome para esta fiesta, así que sígueme el ritmo, sí es que puedes -le advierto bromeando.

Otras diez personas, más Vero y yo, todos los que habíamos comenzado a estudiar derecho cinco años atrás y habíamos ido siempre juntos a la misma clase, nos dirigimos a Gascona, El Bulevar de la Sidra. Toda buena fiesta que se precie debe comenzar, al menos en Asturias, con unas sidras. Allí pedimos unas cuantas botellas en la primera sidrería que encontramos con sitio para sentarnos, y entre culín y culín hablamos de unas cosas y otras.

-¿Qué tenéis pensado hacer ahora? -les pregunto a todos en general.

-Yo casarme con Victoria y formar una familia -me responde Carlos, a estas alturas bastante afectado por el alcohol, al tiempo que besa a Viqui, su novia de toda la vida, sentada a su lado.

Nos reímos sonoramente de la contestación de Carlos, e inmediatamente después Beatriz, sentada al lado de Vero, nos explica:

-Yo, joder la vida en un cincuenta por ciento a la gente. Para eso somos abogados, ¿no?

-¿Cómo que joder a la gente? -pregunta sorprendida Vero.

-Pues sí, para joder en un cincuenta por ciento. Siempre ayudaremos a unas personas a ganar litigios y a otras a perderlos.

Nos quedamos todos un poco perplejos por la contundente respuesta de Bea, pero como lo que dijo parece tener sentido y las sidras nos emborrachan a una velocidad alucinante, acabamos también por reírnos todos.

-Yo diría más -contesto a Bea-; ayudaremos a la gente en un veinticinco por ciento. Porque del cincuenta por cien que tú hablas, les joderemos también al cobrarles nuestros honorarios, así que ¡Qué coño! -cojo mi vaso y poniéndome en pie lo alzo gritando-, ¡Por joder a la gente!

-¡Por joder a la gente! -responde el resto levantándose también.

Entre historia e historia, me emborracho cada vez más. Tan grande es la cogorza que padezco a causa de las innumerables botellas de sidra que hemos ingerido entre todos, que comienzo a no saber ni de lo que hablamos. La resaca que tendré mañana será espantosa.

Ya siendo bien tarde, decidimos irnos a la calle oscura para proseguir con la fiesta. Algunos compañeros prefieren irse para casa. Al contrario, Vero y yo, junto a un par de amigos seguimos la fiesta. Llegamos al Luxury, uno de los múltiples pubs de esa larga calle, y pido un par de copas para nosotros. Entre tanto ruido, y con la desproporcionada ingesta de alcohol, comienzo a dejar de lado al resto de compañeros para centrarme exclusivamente en ella, mi más que amiga, Verónica: